



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

25.- La fe es por el oír



unánimes

Estudios Bíblicos

O.25.- La fe es por el oír

1. El texto

Romanos 10:14-21

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!».

Pero no todos obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?». Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.

Pero yo pregunto: ¿Acaso no han oído? Antes, bien, «Por toda la tierra ha salido la voz de ellos y hasta los fines de la tierra sus palabras».

También pregunto: ¿No ha conocido esto Israel? Primeramente Moisés dice:

«Yo os provocaré a celos con un pueblo que no es pueblo; con pueblo insensato os provocaré a ira».

E Isaías dice resueltamente:

«Fui hallado por los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí».

Pero acerca de Israel dice: «Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde».

2. Introducción

El estudio anterior finalizaba con el análisis de Romanos 10:13 que decía: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo”. La relación entre esta frase y el comienzo de la subdivisión de los versículos que estamos analizando, es evidente. El tema de invocar al Señor continúa por medio de la pregunta: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?” El espíritu de esta pregunta, especialmente a la luz de lo que viene en los versículos siguientes, indica que el apóstol está formulándole un cargo a Israel. Él dice que, debido a la falta de fe de Israel, ella es totalmente responsable de su rechazo por parte de Dios. En otras palabras, dicho rechazo, en la medida que era real, no era arbitrario sino merecido.

3. La invocación y la predicación

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?

Hay algunos puntos que deben notarse:

a. En esta serie de preguntas, ¿a quién se está refiriendo Pablo?

La respuesta acostumbrada es: a Israel. Algunas traducciones aun insertan la palabra “Israel” en lugares en que el original no la tiene. Ahora bien, hay que reconocer que en considerable medida esta respuesta es correcta. En la introducción de este estudio abarcamos este tema.

¿Pero es esta una respuesta completa? No todos los expositores tienen tal opinión y con razón. ¿No comprueba el hecho que en esta sección Pablo ni siquiera mencione a Israel hasta llegar a la conclusión misma, que él desea que todo lector u oidor luche con estas preguntas en su propio corazón y conciencia?

b. Tenemos aquí una serie de preguntas

Aquí tenemos una especie de preguntas en cadena en la que cada eslabón tiene una estrecha relación con su vecino(s) inmediato(s) anterior y posterior. Esta cadena es progresiva: sus eslabones se siguen el uno al otro en una secuencia histórica, de causa y efecto. La secuencia puede compararse a una serie 1, 2, 3, etc. Aquí la cadena es regresiva. Va del efecto a la causa y más bien es comparable a la serie 5, 4, 3, 2, 1. El invocar a Cristo en oración se menciona en primer lugar, aunque en realidad, viene después de tener fe en Él, lo que, sin embargo, constituye el segundo eslabón en esta cadena. Tener fe resulta del haber oído de Él, el tercer eslabón aquí mencionado. Este oír implica que debe haber habido un predicador, el cuarto eslabón, que se dirige a la gente. Y él hizo esto porque anteriormente alguien, en quinto eslabón, le había autorizado a llevar el mensaje.

c. ¿Cuál podría haber sido la razón porque decidiera Pablo a ordenar estos eslabones en orden regresivo?

Para contestar esta pregunta deberíamos tener en mente que el apóstol no era solamente un teólogo plenamente inspirado, erudito y profundo; él también era un amigo cristiano, muy práctico y de corazón afectuoso. Como tal, bien puede haber tenido en mente un doble propósito para escribir como lo hizo.

Pablo está pensando en el auditorio, el de Roma ciertamente, pero con el pasar de los siglos, en cualquier auditorio, incluyendo el de hoy en día. Para los oyentes, él ha ordenado la serie de tal manera que la referencia a Dios—o, si uno lo prefiere a Cristo—quien ha comisionado al predicador, fuese mencionado en último lugar, ¡para que todo el énfasis recayese sobre Él! Cada oyente debe darse cuenta que cuando rechaza al predicador que, como fiel ministro de la Palabra, presenta con perspicacia y entusiasmo los alegres y gloriosos anuncios de la salvación en Cristo, ¡lo que está haciendo es rechazar a Cristo mismo! Al dirigirse a los setenta (o setenta y dos) misioneros, Jesús les dijo:

Lucas 10:16

» *El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió».*

Pablo también está pensando en el predicador. La referencia culminante al predicador debidamente comisionado contiene una lección también para él. Más vale que todo predicador se asegure de haber sido realmente llamado por Dios a cumplir esta clase de tarea. Si este predicador está tratando de hacer con sinceridad y oración lo que se menciona aquí, encontrará que es mucho más fácil llegar a una respuesta positiva y animadora a la pregunta respecto al carácter genuino de su ordenación.

Para el predicador, este texto contiene aun otra lección. ¿Qué quiere decir en realidad predicar? Predicar significa en realidad servir de heraldo, proclamar. La predicación genuina significa entonces que el mensaje es algo vivo, no aburrido; actual, no trillado. Es la predicación fervorosa de las grandes nuevas iniciadas por Dios. ¡Nunca hay que permitir que se deteriore, para llegar a ser una especulación abstracta sobre puntos de vista meramente inventados por el hombre!

Estos versículos nos indican, sin duda, que el pueblo—en especial Israel en este caso—ha oído el evangelio y que se les ha proclamado por embajadores divinamente autorizados.

4. Los anunciadores

Como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!».

El pasaje que se cita proviene del libro del profeta Isaías:

Isaías 52:7

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: «¡Tu Dios reina!»!

Aquí el profeta describe la exuberancia con la que los exiliados daban la bienvenida a las noticias de su inminente liberación del cautiverio. Estas noticias eran consideradas por ellos maravillosas, no solamente porque ahora podrían volver a su patria sino también porque, y esto era probablemente lo más especial, para ellos estas noticias significaban que el favor de Dios todavía estaba con ellos y que no era este o aquel poder terreno sino Dios—su propio Dios—que todavía reinaba. Por otra parte, ¿puede haber algo más alegre y vivificante espiritualmente que el mensaje de los embajadores de Dios?

¡Cuán hermosos son esos pies! Al irse acercando los mensajeros por sobre los montes con sus noticias electrizantes, ¡cuán cubiertos de polvo y sucios habrán estado esos pies! Pero también, ¡cuán hermosos ... por ser los pies de los que traían esas maravillosas noticias tan largamente esperadas!

5. Los desobedientes

Pero no todos obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?».

No había nada de malo con las buenas noticias. Deberían haber sido aceptadas con gozo y gratitud por parte de todos. “Pero”, dice Pablo, “No todos” aceptaron las buenas nuevas, el maravilloso evangelio. Notemos el “no todos”. ¡Qué manera modesta de expresar una triste realidad! Porque ya sabemos que la gran mayoría de los israelitas no aceptó el evangelio.

Vemos, entonces que, aunque los eslabones 4 y 5 se habían cumplido, porque hubo predicadores y habían sido debidamente comisionados, en lo concerniente a la mayoría del pueblo, los eslabones 1 y 2, el invocar a Cristo en oración a causa de la presencia de fe en él, no se habían cumplido.

Que esto es cierto respecto a la mayoría de la gente, se desprende también de las palabras del profeta Isaías pronunciadas siglos antes contra Israel, y que son citadas por Pablo:

Isaías. 53:1

¿Quién ha creído a nuestro anuncio y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?

Esto significa, en esencia: “Señor, ¿quién ha creído lo que fue oído por nosotros?”

6. El resumen como conclusión

Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.

De las muchas interpretaciones que existen de este pasaje, algunas de ellas muy complicadas, probablemente la mejor sea la que lo considera como una conclusión que resume lo anterior. ¿No apuntan en esa dirección las palabras iniciales “Así que”? Entonces, lo que Pablo dice es que la fe en Cristo presupone el haber oído la palabra que procede de Cristo y que trata de Él. La gran importancia que Pablo le daba al oír nos recuerda inmediatamente a Jesús. En toda la enseñanza de Jesús, tanto en la tierra como desde el cielo, sería difícil descubrir alguna exhortación que Él repitiese con mayor frecuencia, de una u otra manera, que aquella que tiene que ver con el oír; mejor aún: escuchar. El Señor en repetidas ocasiones dijo: “*El que tiene oídos para oír, oiga.*”

7. La predicción del evangelio de Cristo

Pero yo pregunto: ¿Acaso no han oído? Antes, bien, «Por toda la tierra ha salido la voz de ellos y hasta los fines de la tierra sus palabras».

En los días de Cristo y de los apóstoles el evangelio ciertamente se iba desparramando con rapidez. El progreso rápido del evangelio en el período primitivo ha sido siempre causa de asombro para el historiador. Los padres de la iglesia así lo atestiguan. Justino Mártir, más o menos a mediados del siglo II, escribió:

“No hay pueblo, griego o bárbaro, o de ninguna otra raza, por cualquier nombre o costumbre que se lo distinga, sin importar cuan ignorantes sean su gente de las artes o de la agricultura, ya sea que moren en tiendas o que anden en carros cubiertos, entre los cuales no se ofrezcan oraciones y acciones de gracias en el nombre del Jesús crucificado al Padre y Creador de todas las cosas”.

Medio siglo después añadía Tertuliano:

“Existimos nada más que desde ayer, y sin embargo ya llenamos vuestras ciudades, islas, campos, vuestro palacio, senado, y foro. Lo único que os hemos dejado es vuestros templos”.

8. La provocación

También pregunto: ¿No ha conocido esto Israel? Primeramente Moisés dice: «Yo os provocaré a celos con un pueblo que no es pueblo; con pueblo insensato os provocaré a ira».

La pregunta respecto a oír es seguida por una que tiene que ver con entender. Ahora Israel, que ya estaba implícito en los versículos anteriores, es específicamente mencionado. El propósito de la pregunta es determinar si Israel, aunque ha oído ciertamente el evangelio, no podía haberlo entendido lo suficiente como para ser considerado responsable de su incredulidad. Lo que encontramos aquí sugiere la respuesta. Demuestra que no era la ignorancia sino la mala disposición que era la causa de la falta de fe de Israel. La cita proviene del Antiguo Testamento en tiempos finales del éxodo por el desierto:

Deuteronomio 32:21

Ellos provocaron mis celos con lo que no es Dios; me irritaron con sus ídolos. Yo también provocaré sus celos con un pueblo que no es pueblo, los irritaré con una nación insensata.

Un pueblo que no es pueblo es una mera masa de gente. Es una vasta multitud que no ha recibido los muchos privilegios que le han sido otorgados a Israel, “el pueblo de propiedad exclusiva de Dios”. Este pueblo iba a recibir aquellas bendiciones que anteriormente le había sido concedidas a Israel. Iba a tomar el lugar de Israel.

Este hecho mismo indica, desde luego, la culpa de Israel, puesto que también indica que Israel había recibido suficiente comprensión del camino de salvación como para ser considerada plenamente responsable de su incredulidad.

La posición de privilegio, antes concedida a Israel, iba a ser trasferida precisamente a ese pueblo que había sido menospreciado por ellos. Así lo afirmaron Pablo y Bernabé en un texto narrado por Lucas:

Hechos 13:44-47

El siguiente sábado se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando. Entonces Pablo y Bernabé, hablando con valentía, dijeron:

—A vosotros, a la verdad, era necesario que se os hablara primero la palabra de Dios; pero puesto que la deseáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles, porque así nos ha mandado el Señor, diciendo:

“Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra”.

La envidia, sin embargo, puede tener un resultado positivo. Esto lo observamos más adelante en la carta a los Romanos que dice:

Romanos 11:11-12

Pero yo pregunto: ¿Será que los israelitas, al tropezar, cayeron definitivamente? ¡De ninguna manera! Al contrario, debido a su transgresión vino la salvación a los gentiles, a fin de provocarlos a celos. Y si su transgresión ha servido para enriquecer al mundo, y su caída, a los gentiles, ¿cuánto más lo será su plena restauración?

9. La paradoja

E Isaías dice resueltamente:

«Fui hallado por los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí».

Estas líneas tomadas del libro del profeta Isaías (Isaías 65:1) y citadas aquí en orden invertido, son aun más incisivas. Si entre quienes las oyeron por primera vez habían judíos que se consideraban justos en sí mismos, les debe haber chocado mucho esta afirmación, especialmente en el presente contexto. Viene en forma de paradoja. Al recordar a los oyentes que Dios fue hallado por los que no le buscaban y que fue revelado a los que no preguntaban por Él, la misma enfatiza el soberano derecho de Dios de otorgar salvación a quien Él quiera.

De ninguna manera es cierto que el hombre puede, por medio de algún mérito que se atreva a atribuirse, atraer la atención salvífica de Dios. Los gentiles, cuyas mentes y corazones es-

taban entenebrecidos por el pecado y que en consecuencia ni siquiera pedían la ayuda de Dios, la recibieron. Pero Israel es pasado por alto debido a su apatía al mensaje.

10. La responsabilidad de Israel

Pero acerca de Israel dice: «Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde».

La exégesis sana demanda que este pasaje, que es una cita de Isaías 65:2, sea interpretado a la luz de su contexto inmediato. El pasaje indica que Israel era plenamente responsable por el juicio divino que se pronunciaba sobre ellos. El hecho que la nación continuara día tras día, semana tras semana, año tras año, siendo desobediente a Dios y contradiciéndole, aun a pesar de las manos extendidas en paciencia y en invitación por parte de Dios, solamente hacía que las cosas fueran peores para Israel. La impresión predominante que el texto en Romanos deja en el lector es, por consiguiente, una de tristeza y no de alegría. El énfasis recae aquí en la oscuridad en vez de en la luz.

Al pronunciar Dios su juicio sobre Israel, Él no actúa arbitrariamente. Israel se ha merecido dicho juicio. No podemos evitar pensar en estas palabras de Jesús que registra Mateo en su evangelio:

Mateo 23:37

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!

Esto no significa que la luz haya sido reemplazada totalmente por las tinieblas, o que las manos de Dios hayan dejado de extenderse en amorosa paciencia y llamado, o que Dios haya, por consiguiente, “acabado con los judíos”.

No nos olvidamos de pasajes en esta misma carta, que demuestran que aun ahora la obra misionera entre los judíos no es infructuosa. Hay un remanente de Israel que está destinado a la gracia y la gloria. Dios no ha arrojado a su pueblo lejos de sí. Hay un sentido en que “todo Israel” será salvado:

Romanos 11:25-26

No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: el endurecimiento de una parte de Israel durará hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. Luego todo Israel será salvo...

Además, una vez comenzado el proceso de endurecimiento en la vida de este o aquel israelita, nadie tiene derecho a decir que continuará hasta que el hombre muera y perezca eter-

namente. La gracia de Dios es lo suficientemente poderosa para alcanzar aun al pecador endurecido temporariamente. Esto dice el Señor:

Romanos 11:28–32

Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de sus padres, porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.

Como también vosotros erais, en otro tiempo, desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también estos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia, pues Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.

11. Resumen del Capítulo 10 de la Carta a los Romanos

Este capítulo tiene dos partes principales, la que va del versículo 1 al 13 y la segunda del versículo 14 al 21.

Tal como al principio del capítulo 9, también aquí Pablo revela su tierno afecto por sus compatriotas. Expresa que su oración a Dios es que ellos sean salvados. Testifica que tienen celo por Dios, aunque deplora que este celo no esté basado en una correcta comprensión de la revelación de Dios respecto al camino de salvación.

El error trágico de Israel consistió en esto: que buscaron establecer su propia justicia y rehusaron aceptar la justicia provista por Dios en Cristo. Es en Cristo, y solamente en Él, en quien la ley cumple su meta de modo tal que ahora hay, como resultado, justicia para todo el que ejerce la fe salvadora.

Fue Cristo quien vino del cielo y quien sufrió las agonías del sufrimiento en lugar de su pueblo. La dura tarea fue efectuada por Él, y por consiguiente no debe ser intentada por nosotros. Moisés ya había dejado bien en claro que Canaán era el don gratuito de Dios, no el producto del esfuerzo humano. Como fue con Canaán así lo es también con la salvación en general. Es otorgada a quienes confían en el Señor Jesucristo. Por ende, “si en tus labios está la confesión: ‘Jesús es Señor’, y en tu corazón la fe que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo ... porque la Escritura dice: ‘Nadie que pone su confianza en Él será jamás avergonzado’”.

Las consideraciones étnicas no tienen lugar en el otorgamiento de la salvación: “no hay distinción entre judío y griego. Porque el mismo Señor (es Señor) de todos y ricamente bendice a todos los que le invocan. Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo”.

En la segunda parte de este capítulo, Pablo, por medio de una serie de preguntas, estructuradas en una secuencia de efecto a causa, enfatiza la suprema importancia de tomar seriamente el mensaje del predicador debidamente autorizado. El que acepta su mensaje acepta a Cristo. El que lo rechaza, rechaza a Cristo. Se entiende, es claro, que esto es cierto solamente cuando el predicador realmente representa a Cristo y realmente transmite el mensaje de Cristo.

A los que con mente abierta escuchan el evangelio, les abundan las bendiciones. Para éstos los pies de quienes traen las buenas nuevas son realmente hermosos.

Hay muchos, sin embargo, que se niegan a aceptar el evangelio, como lo comprueba Isaías al decir: “Señor, ¿quién ha escuchado nuestro mensaje?” Cada uno debe por consiguiente examinarse a sí mismo para ver si realmente pertenece a la compañía de aquellos que oyen y obedecen todo lo que Dios dice por medio de la proclamación de la palabra.

Las excusas no servirán. El evangelio se divulga a lo ancho y a lo alto, recordándonos de los cielos que por todas partes declaran la gloria de Dios.

Israel no solamente oyó el mensaje de Dios, sino que lo entendió lo suficiente como para ser considerada responsable de su falta de fe. Rechazo y reemplazo son los castigos que Dios impone a quienes le rechazan. Moisés declaró: “Os pondré celosos de una no-nación. Y con una nación (que es) insensata os provocaré a ira”. E Isaías se atreve a decir: “Fui hallado de los que no me buscaban; me revelé a quienes no preguntaban por mí”. Y respecto a Israel dice: “Todo el día he extendido mis manos a un pueblo desobediente y rebelde”.

12. Conclusión

Todos los intérpretes están de acuerdo en que éste es uno de los pasajes más difíciles y oscuros en la Carta a los Romanos. Nos produce la impresión de que lo que tenemos aquí no es una exposición completa sino un resumen.

En reglas generales se podría presentar así: En el pasaje anterior Pablo ha dicho que el acceso a Dios no depende de las obras ni del legalismo, sino de la fe y la confianza. La objeción es: < Pero ¿qué pasa si los judíos nunca lo han oído? > Pablo se ocupa ahora de esa objeción de varias maneras, reforzando su argumento con citas de la Escritura. Vamos a tomar ahora las objeciones y los textos bíblicos que las contestan uno a uno.

a. La primera objeción es: “Nadie puede invocar a Dios a menos que crea en Él. Ni tampoco puede creer en Él a menos que haya oído hablar de Él. Ni tampoco oír nada acerca de Él si no hay quien le anuncie la Buena Nueva. Y nadie puede pregonar la Buena Nueva a menos que Dios le envíe”. Pablo resuelve esa objeción citando a Isaías. En ese

pasaje el profeta expresa la bienvenida que se les da a los que traen buenas noticias de cosas buenas; así es que la primera respuesta de Pablo es: No puedes decir que no ha habido mensajeros; porque Isaías los describe en este pasaje, e Isaías vivió hace mucho tiempo.

- b. La segunda objeción es: «Pero, el hecho es que Israel no hizo caso de la Buena Noticia, aunque tu argumento fuera cierto. ¿Qué dices tú a eso? Y Pablo contesta: Era normal esperar que Israel no creyera, porque hace mucho tiempo Isaías se sintió movido a decir desesperadamente: «Señor, ¿quién ha creído lo que hemos oído? Es verdad que Israel no aceptó la Buena Noticia de Dios y al rechazarla repitieron su historia.
- c. La tercera objeción es una nueva formulación de la primera: «Pero, ¿qué si yo insisto en que nunca tuvieron oportunidad de oír?» Esta vez Pablo cita el Salmo 19:4: La voz de ellos ha recorrido toda la Tierra, y sus palabras han llegado al fin del mundo; lo cual es tanto como decir: «No puedes decir que Israel nunca tuvo oportunidad de oír, porque la Escritura dice claramente que el mensaje de Dios ha llegado a todo el mundo.
- d. La cuarta objeción es: Pero ¿qué si Israel no se enteró? Aparentemente quería decir: ¿Qué si el mensaje era tan difícil de entender que, aunque Israel lo oyó, no pudo entender su significado? Aquí es donde el pasaje se hace verdaderamente difícil. Pablo responde: Israel puede que no se enterara; pero los gentiles sí: comprendieron perfectamente el sentido del ofrecimiento cuando les llegó, aunque no lo buscaban ni esperaban. Para probarlo, Pablo cita dos pasajes. Uno es de Deuteronomio, en el que Dios dice que, por la desobediencia y rebeldía de Israel, transferirá Su favor a otro pueblo, e Israel se verá en la situación de tener celos de una gente que no son ni siquiera nación. Y el segundo pasaje es de Isaías donde Dios dice que, inexplicablemente, Le ha encontrado un pueblo que ni siquiera Le estaba buscando. Por último, Pablo insiste en que, a lo largo de toda su historia, Dios ha estado apelando a Israel con Sus brazos extendidos, e Israel siempre ha sido desobediente y perverso.

Es evidente que en este capítulo hay algo que es de permanente valor. Fluye por él la convicción de que hay ciertas clases de ignorancia que no se pueden excusar.

- a. Existe una ignorancia que viene del desprecio del conocimiento. Hay una máxima legal que dice que la ignorancia genuina puede ser una defensa; pero el no darle ninguna importancia al conocimiento, no. No se le puede echar en cara a una persona el que no sepa lo que no tuvo oportunidad de aprender; pero sí el no saber por haber desaprovechado las oportunidades que se le brindaron. Por ejemplo: si una persona firma un contrato sin haber leído las condiciones, no puede luego quejarse de que sean distintas de las que se imaginó. Si dejamos de prepararnos adecuadamente para una tarea cuando se nos han

dado todas las facilidades, no tenemos disculpa. Uno es responsable por no saber lo que podía y debía haber sabido.

- b. Hay una ignorancia que viene de una falta de visión voluntaria. Los seres humanos tenemos una capacidad ilimitada y fatal para cerrarnos a lo que no queremos saber. «No hay peor sordo que el que no quiere oír.» Puede que sepamos que cierto hábito, o indulgencia, o negligencia, o amistad, o relación, va a traernos consecuencias desastrosas; pero muchas veces nos negamos a reconocerlo y actuar en consecuencia. El hacernos los sordos puede que sea una virtud en algunos casos; pero en otros es la mayor estupidez.
- c. Hay una ignorancia que es en esencia pura falsedad. Lo que ignoramos o dudamos es menos de lo que a veces pretendemos. Son pocas las veces que tenemos derecho a decir: «No sabía que esto iba a acabar así.» Dios nos ha dado la conciencia y la dirección del Espíritu Santo y muchas veces alegamos ignorancia cuando, si fuéramos honrados, tendríamos que reconocer que, en nuestro fuero interno, sabíamos la verdad.

Hay algo más que queda por decir sobre este texto. En el argumento, hasta donde hemos llegado, se presenta una paradoja. En toda esta sección Pablo ha estado insistiendo en la responsabilidad personal de los judíos. Tenían que haber sabido lo que hacían; no les faltaron oportunidades; pero rechazaron la llamada de Dios. Ahora empezaba el argumento diciendo que todo es cosa de Dios y que los hombres no somos más que como la arcilla en manos del alfarero.

Pablo ha puesto las cosas de dos maneras: todo es cosa de Dios y todo es responsabilidad humana. Pablo no intenta resolver el dilema y el hecho es que no tiene solución: es el dilema de la experiencia humana. Sabemos que Dios está en todo y, sin embargo, sabemos que tenemos libertad para aceptar o rechazar lo que Dios nos ofrece. Esta discusión es milenaria, Dios es soberano y nada escapa a su control, y por otra parte, el ser humano es responsable de sus actos y está sujeto a juicio.

No podemos pretender resolver el dilema en estas breves páginas. Lo que sí podemos hacer es adorar al soberano Señor y conducirnos de acuerdo a su voluntad, misma que está claramente expresada en las Escrituras. Con eso resolvemos el dilema.